

Ráfagas de boleros

Me envían tres boleros, versiones en voces jóvenes y luego un merenguito dominicano que provocaba bailar. La misma persona me cuenta de un estallido de disparos que la obligó a tirarse al piso muchas horas al día durante una semana.

¿Qué pasará por la cabeza de alguien que transita en segundos de un sollozo a un baile? Esto lo hacían Felicia y millones de personas sometidas a ráfagas permanentes y ruidos de pirotecnia que no eran artificiales.

No sé si era falta de empatía pero a veces yo le comentaba algo muy grave que leía en las redes sobre un servicio público y Felicia me salía con una receta nueva que le quedó riquísima.

Me contó su odisea y la creatividad para vacunarse después de horas de cola y lluvia; enseguida me mostraba el nuevo color de cabello con un tono más bajo de rubio cenizo.

Ella entendía perfectamente la situación pero se desconectaba de las personas que preguntaban sandeces como:

¿Por qué no se pintan el pelo?

¡Están fuera de moda!

¡Ya ni protestan!

¡Están así porque son indolentes!

Escondida en un portal para evitar una bala perdida, lee un aviso que reta su cotidianidad. Decide tomar el empleo.

Como le lee a Martina, una señora de ochenta, española culta, inteligente, cínica y con sentido del humor, aprendió a modificar su tono de voz y a ser histriónica para hacerla reír. Le cuenta a Felicia que su marido trabajaba para el gobierno y ha desaparecido. Reclamo inútil ante autoridades y viudez bien vivida por una supuesta herencia. Le confiesa además que lamenta la desaparición del hombre, pero no tanto; estaba liado con una asistente espectacular -su ébano preferida-, se escapaba con ella. De manera que cuando no regresó no fue mucho el lamento.

Años después la reina de ébano fue vista en un país civilizado, cubierta de joyas; detrás de ella un viejito llevando paquetes de tiendas de marca. Nadie se atrevió a comentarle los rumores a Martina.

La octogenaria después de oír las lecturas se anima, sale de la cama y va a los bares con Felicia. Disfrutan de la gente, del licor y hasta echan una bailadita. Después de varios meses de juerga encuentra a su viejo en casa: arruinado, enfermo y triste. Ella rompe en llanto y él se cree la causa del sollozo de su mujer. Martina, convencida de que es más humano dejarlo solo que matarlo, sale a bailar.